

blime Poeta del Evangelio, que inspiró a Salomón el Cantar de los Cantares, y el Divino Maestro de todos los tiempos.

Precisamente, por no haber sido nunca niño se ocupó tanto en la niñez. De la hiel de su amargura le nació la miel con que debía endulzar las horas de los niños cubanos incapaces de comprender la desgracia que pesaba sobre su amada tierra. Por eso endulzábales los labios con dulces que no dejaba de llevarles diariamente, y el corazón con el alimento espiritual de "La edad de Oro", la revista juvenil que fundó para regalo de los que tenían derecho a gastar el oro de su edad, que el tiempo ofrece al niño para

que lo disfrute plenamente y sólo al tiempo le corresponde arrebatárselo.

¡Y qué grande era así ocultando su dolor a quienes ni naturaleza ni destino les habían anticipado la amargura con la rebeldía de la precocidad!

Cierro mi ligero estudio sobre el apóstol José Martí con estas consideraciones acerca del poeta y el maestro de figura tan excelsa de la historia americana, por haber sido uno y otro los primeros en manifestarse en su grandiosa vida, y los que con más hondo arraigo están presentes con brillo singular en la diadema inmarcesible de su gloria.

JOSE MARTI

Al ilustre publicista, orador y americanista dominicano D. Federico Henríquez y Carvajal a quien Martí y Hostos tuvieron por hermano.

La refriega de Dos Ríos fué una caída continental. Hasta yo, el último de los dominicanos, al saber la muerte del más grande de los americanos de su época, sentí que alguna cosa moría en mí. Dice Estrada que Martí era su proveedor de ideal. ¡Lo fué de toda América!

El día que Cuba, que todavía no parece darse exacta cuenta de esa pérdida, mida a Martí en toda su grandeza, sus lágrimas rebotarán el mar y sus ayes enternecerán la tierra.

Siempre pensé escribir sobre el Maestro algo que, aunque no fuese digno de él, mereciese siquiera ser leído; mas quiere el cielo señalar para un trabajo que habría querido hacer con reposo, la menos propicia de las horas.

BIBLIOGRAFIA

En 1894 empenóse Gonzalo de Quesada en que Martí coleccionara su obra literaria, esparcida en mil periódicos logrando al fin que en el invierno de aquel año le entregara "unos recortes de *La Nación* de Buenos Aires envueltos en un ejemplar de *Patria*, que con su letra fina y franca había rotulado *Los Estados Unidos y Caracteres Norteamericanos* anotando en la cubierta los artículos que faltaban para completar

cada uno de los volúmenes." El 1º de Abril de 1895, en el momento de embarcarse en Montecristy, Martí pensó "en su papelería" y escribió sobre ello a Gonzalo de Quesada, a quien dice: "Mi cariño a Gonzalo es grande; pero me sorprende que llegue, como siento que ahora llega, hasta moverme a que le escriba, contra mi natural y mi costumbre, mis emociones personales."

"Para cumplir", pues, "sus últimos deseos y así corresponder a su noble confianza", Quesada ha emprendido la edición de las obras de Martí, de las que van publicados siete volúmenes, cada uno de los cuales es "una piedra del monumento que le ha de levantar su adoración y su gratitud".

En 1897 escribió Rubén Darío: "Un libro, la Obra escogida del ilustre escritor, debe ser la idea de sus amigos y discípulos, y nadie podría iniciar la práctica de tal pensamiento como el que fué no solamente discípulo querido, sino amigo del alma, el paje, o más bien "el hijo" de Martí: Gonzalo de Quesada."

Dice Figuerola Caneda que éste es, "sin duda alguna, quien pudiera escribir la biografía más interesante y completa de José Martí". En verdad, un conocimiento íntimo "del Maestro", el cariño que le



profesara en vida y la veneración por su memoria son partes apreciabilísimas para biógrafo de Martí en Gonzalo de Quesada, quien no ha dado hasta ahora a la estampa sobre aquél sino breves notas en que se ciñe, por lo general, a consignar "su eterno recuerdo e imperecedero amor", y que desgraciadamente no nos permiten suponer en su autor las dotes de escritor que requeriría la empresa para que le señale la opinión general.

Es, desde luego, digna de elogio la obra de reparación que constituye la edición que Gonzalo de Quesada está publicando de las obras del artista excelso que, según el editor mismo, es "desconocido todavía como literato en su propio pueblo"; y no será yo quien señale en dicha labor defectos hijos de un excesivo, iba a decir irreflexivo amor, como la impaciencia que no le deja compilar con método, o la debilidad con que mira y acoge artículos que, por la brevedad o la poca importancia, no merecen figurar en volumen y que fueron efecto de las circunstancias o de momentáneo interés político. Sólo lamentaré la reproducción de *El Diablo Cojuelo* porque es punto menos que imperdonable haber puesto en ridículo un carácter austero y eminente con la publicación de chascarrillos infantiles y ajenos a la postre, pues según la autorizada afirmación de Fermín Valdés Domínguez, lo único de Martí en *El Diablo Cojuelo* es el artículo de fondo; y asimismo el grave descuido de publicar la primera parte de la carta a *La Nación*, del 22 de Octubre de 1887, que es una repetición de la última parte de la carta del 23 de Junio del mismo año dirigida a *El Partido Liberal*, porque no debió causársele a la posteridad la tristeza de ver minorada la figura de tan grande hombre por las miserias del oficio de revistero.

En los tomos II, III, IV, VI y VII de las obras de Martí, Quesada ha intercalado, a guisa de prólogos, casi todo cuanto se ha escrito sobre aquél, y que es muy poco, en realidad. Causa extrañeza que no exista una verdadera biografía de Martí: al cabo de quince años de su muerte, tal omisión acusa ingratitud de parte de Cuba hacia el mayor de sus bienhechores.

Sobre éste, *Martí y su Obra Política*, por Enrique José Varona, es el mejor trabajo que conozco, lo que no es de extrañar si se tiene en cuenta que Varona es hoy la primera mentalidad de Cuba. Entre lo demás escrito, es bello el artículo de Manuel de la Cruz, tierno el de Estrada, interesante el de Nicolás Heredia, vibrante el de Sanguily, inferior, en cambio, a la reputación de su autor, el discurso de Nicanor Bolet Peraza.

BREVES DATOS BIOGRAFICOS

Al nacer José Martí en la Habana el 28 de Enero de 1853, su padre, oficial de artillería español, se arrancó los galones para que el hijo no lo viera un solo día esclavo de nadie. Lo educó con el propósito de que fuese un hombre libre y en una ocasión le dijo así: "Por que yo no extrañaría verte peleando un día por la independencia de tu tierra." Ya para esa época, vísperas del 68, Martí, a pesar de sus pocos años, reglamentaba y presidía sociedades políticas secretas.

Rafael María Mendive fué maestro suyo. Siempre recordó aquellas noches de la calle del Prado en que recitaba sonetos del "Señor Mendive", quien le dió una vez a empeñar su reloj para prestarle seis onzas a un poeta necesitado. "Y luego yo le llevé un reloj nuevo, que le compramos los discípulos, que le queríamos; y se lo dí, llorando."

En Octubre de 1868, a causa de una carta que escribieron él y Fermín Valdés Domínguez, ambos fueron aprehendidos, juzgados y condenados a seis años de presidio. Para saber lo que era un presidio español en Cuba hay que leer el folleto de Martí titulado *El Presidio Político en Cuba*. "Era el 5 de Abril de 1870 —dice.— Meses hacía que había cumplido diez y siete años. Mi patria me había arrancado de los brazos de mi madre. . . Rodeó con una cadena mi pie, me vistió con ropa extraña, cortó mis cabellos y me alargó en la mano un corazón. . ."

Más tarde fué desterrado a la isla de Pinos y luego deportado a España, donde, ayudado por Fermín Valdés Domínguez, se recibió de abogado en 1873.

Durante esa primera estada en Madrid publicó dos folletos: *El Presidio Político en Cuba*, de fecha 1871, y *La República Española ante la Revolución Cubana*, en 1873. Además, el fusilamiento de los Estudiantes de Medicina le arrancó dos poemas: uno en prosa, que fué fijado en algunas esquinas de la ciudad en hoja suelta, y aparece firmado también por Pedro de J. de la Torre y Fermín Valdés Domínguez; el otro en verso, que lleva fecha de 1872 y título *A mis Hermanos muertos el 27 de Noviembre*. Antes de ser condenado a presidio había publicado el periódico *Patria Libre*.

En 1873 se trasladó a México, donde casó con Doña Carmen Zayas Bazán y se ocupó en el profesorado y el periodismo, redactando la *Revista Universal*. Permaneció allí hasta 1877 en que pasó a Guatemala, donde fué nombrado catedrático de la Universidad.

Al terminarse la insurrección en 1878 volvió a su patria y establecióse como abogado en la Habana, en sociedad con D. Miguel Viondi; pero, en realidad, el abogado era un conspirador.

Como era natural después de un estado de guerra tan prolongado, hubo uno como renacimiento literario en Cuba. En una velada celebrada en el Liceo de Guanabacoa el 28 de Febrero de 1879 pronunció Martí su famosa oración en memoria del poeta Alfredo Torroella.

Denunciado al fin, fué deportado de nuevo a España por el general Blanco en Setiembre de 1879. En la travesía, a bordo del *Alfonso XII*, contrajo tierna amistad con el marino español D. Leandro J. de Viniegra.

En 1880 logró escaparse de Madrid y trasladarse a Nueva York, de donde partió poco después para Venezuela.

No estuvo mucho tiempo en Caracas, pero dejó huella luminosa. En el salón del colegio del Dr. Guillermo Tell y Villegas desempeñó, a instancias de la juventud, cátedra de oratoria, teniendo por discípulos a Luis López Mendes, José Gil Fortoul, Gonzalo Picón Febres y otros. Colaboró en la *Opinión Nacional* y redactó la *Revista Venezolana*, de la que sólo aparecieron dos números. En el discurso que pronunció en el Club del Comercio dijo que el poema de 1810 estaba incompleto. Pedro M. Brito González, en la reseña, dice que Martí se convirtió en "el genio viviente de la inspiración." Acababa de publicar su juicio sobre Cecilio Acosta, cuando se volvió, de repente, el 28 de Julio de 1881, camino de los Estados Unidos.

Es curioso ver cuán contradictoriamente juzgan Juvenal Anzola y Nicanor Bolet Peraza la época en que llegó Martí a Venezuela. Anzola dice "que eran días de entusiasmo dedicados a honrar héroes y enarrar virtudes"; mientras que Bolet Peraza exclama: "La época de su viaje a Venezuela era por demás adversa para hacer propaganda de dignidad y de luz."

Desde 1881 hasta que estalló la revolución libertadora, vivió en los Estados Unidos. Su planta de peregrino, sin embargo, no disfrutaba nunca largo reposo, y se le veía partir ora a México, ora a Santo Domingo, ora a Colombia; o en el crudo invierno de 1891 recorrer el Sur de los Estados Unidos predicándoles a los cubanos emigrados las bases del Partido Revolucionario que había de redimir la patria.

Su primer viaje a Santo Domingo lo realizó en 1893. Nada más encantador que el velo de modestia con que Martí habla las raras ocasiones en que habla de sí. Contando la entrevista que entonces tuvo con el general Gómez, dice: "Iba la noche cayendo del cielo argentino, de aquel cielo de Santo Domingo que parece más alto que otro alguno, acaso porque los hombres han cumplido tres veces bajo él el juramento de ser gusanos o libres, cuando un cubano caminante, sin más compañía que su corazón y el mozo que le contaba amores y guerras, descalzaba el portillo del cercado de trenga de una finca hermosa, y con el caballo del cabestro, como quien no tiene derecho a andar montado en tierra mayor, se entró lentamente, con nueva dignidad en el épico gozo, por la vereda que seguía hasta la vivienda oscura..."

De Santiago de los Caballeros fué por tierra a la Capital de la República, donde fué recibido como dominicano. En los salones de la sociedad "Amigos del País" pronunció un brillante discurso que fué contestado por el insigne escritor dominicano D. Manuel de J. Galván. Luego partió, de nuevo a Haití, no sin conocer antes el histórico lago de Enriquillo.

En Brooklyn veíanle sus admiradores y amigos, acompañado de su esposa e hijo, viviendo estrechamente, la mañana entregado a sus revistas literarias para *La Nación* o algún otro periódico hispanoamericano, la tarde dedicada a la correspondencia y contabilidad de una casa comercial, la noche, ocupado en dar clases gratuitas; pero a todas horas consagrado a lo obra patriótica que fué el ideal de su vida.

Ya en 1887 vivía en Nueva York en el cuarto piso de la casa No. 120 de *Front St.* "En el fondo del corredor oscuro estaba la puerta del pequeño aposento que era a la vez salón, dormitorio y gabinete de trabajo." Debió de ser este mismo el cuarto de que habla Martí en su artículo *Recuerdos de la Guerra* y que, poco después de su muerte, contempló Manuel de la Cruz, sobrecogido el ánimo: "No es un nido vacío, mejor recuerda una tribuna rota, un taller que se transforma en sepulcro, un relicario de memorias dolorosas..."

Es considerable la labor literaria realizada por Martí en Nueva York. Durante veinte años, colaboró en *The Sun* sobre bellas artes. Sus revistas a *La Nación* forman volúmenes. Era raro que no redactase algún periódico. Tradujo al castellano varias obras. Pronunció discursos admirables y escribió numerosos juicios críticos, juiciosas memorias y dos tomitos de versos.

En cuanto a la labor patriótica que efectuó en sus últimos años, fué mayor sin comparación que la literaria; y aun podría afirmarse que, en rigor, casi toda su actividad intelectual no fué sino una parte de su extraordinaria actividad política.

Recoger el legado terrible de las insurrecciones anteriores, derivar de estos desastres provechosa enseñanza; pesar los errores políticos de la metrópoli y su incapacidad para modificar el sistema del gobierno colonial; estudiar profundamente la naturaleza del pueblo cubano; fundir preocupaciones de raza en el fuego de fraternal amor; unir cordialmente los elementos que parecían más antagónicos; contener el ímpetu de los impacientes, animar a los desesperanzados, persuadir a los descreídos; organizar las agrupaciones de emigrados, disciplinarlas en el cumplimiento del deber patriótico, electrizarlas con la magia de su elocuencia; reanimar en lo interior de la postrada Isla el fuego casi extinto de la insurrección, propagarlo con admirable sigilo; crear recursos, constituir el Partido Revolucionario; enseñar al pueblo a ser patriota, educarlo para la libertad, adiestrarlo para la lucha, instruirlo de los peligros; investirlo de prudencia y de constancia, inculcarle los métodos republicanos, influirle el espíritu de sacrificio, galardonarlo con el decoro, inflamarlo con el heroísmo; recorrer un continente, conmoerlo, evocar sus héroes, golpear sus ruinas; arrancarle, en fin, su secreto al destino, agitar el mundo y fijar en el espacio azul la estrella solitaria con la sola fuerza de su brazo y de su genio, tal fué la obra magna, estupenda, sin igual, realizada por Martí en este período de su vida.

Cuando todo estuvo preparado y sonó "la hora natural," la revolución estalló el 24 de Febrero de 1895. Martí partió a Montecristy. Nada pudo disuadirlo de su deber de volar al seno de la patriaalzada en armas. Desembarcó en Cuba en compañía del generalísimo Máximo Gómez, y el 19 de Mayo de 1895 murió combatiendo gloriosamente en Boca de Dos Ríos por la independencia de su tierra.

EL ORADOR

Su primer discurso no es, como afirma Manuel de la Cruz, el brindis en honor del periodista Adolfo Márquez Sterling que fué pronunciado en Abril de 1879, sino aquella magnífica oración en memoria de Torroella de que ya he hablado y que termina así: "¡Muerte! ¡Muerte generosa! ¡Muerte amiga!... Seno colosal donde todos los sublimes misterios se elaboran; miedo de los débiles; placer de los valerosos; satisfacción de mis deseos; paso oscuro a los res-

tantes lances de la vida; madre inmensa a cuyas plantas nos tendemos a cobrar fuerzas nuevas para la vía desconocida donde el cielo es más ancho, vasto el límite, polvo los pies innobles, verdad, al fin, las alas!..." Como la de Zorrilla, su gloria literaria brotó al pie de un cadáver.

Martí es el más arrogante de los grandes oradores. Rompe a hablar como corcel que parte el freno, o águila que se lanza a lo infinito. Su palabra padece siempre de divinal perturbación. "¿Cómo no ha de detenerse ahora la palabra conmovida —dice en su discurso del 10 de Octubre de 1888,— la palabra arrebatada a casi sobrenatural trastorno por las memorias bellas como poemas y serenas como juicios históricos de este hombre sacerdotal que vió en la hora de la explosión salir de la tierra, como soles de la noche y columnas de la soledad, a aquel florón de héroes?" El 10 de Octubre de 1887 comienza de esta manera: "Más me embarazan que me ayudan estos aplausos cariñosos, porque en vez de estímulos que me enardezcan, tiene mi alma, sacudida en este instante como por viento de tormenta, necesidad de reducir su emoción a la estrechez de la palabra humana".

Es verdad que estos discursos fueron pronunciados en el aniversario de la fecha entonces magna para los cubanos. Pero en Diciembre de 1889 abre así una de sus más bellas oraciones: "Apenas acierta el pensamiento, a la vez trémulo y desbordado, a poner, en la brevedad que le manda la discreción, el júbilo que nos rebose de las almas en esta noche memorable... Nosotros tenemos esta noche la elocuencia de la Biblia, que es la que mana inquieta y regocijada como arroyo natural, de la abundancia de corazón."

Tiene arranques soberbios que han debido poner de pie el auditorio: "Si entre los cubanos vivos no hay tropa bastante para el honor, qué hacen en la playa los caracoles que no llaman a guerra a los indios muertos?"

Su palabra es simbólica, cual conviene a redentores. Habla por imágenes. Recarga o suaviza los tonos con sim igual maestría. En una misma tirada hay ruegos, amenazas, rugidos, sollozos, vocablos que ruedan como pesada artillería, aladas frases, enfervorizados eufemismos. Su corte es clásico, se adorna de poesía, se apoya en la historia, se rodea de brillante escolta literaria. Entrase de súbito en la noche de una sublime oscuridad y va como entre nubes, que "hay una especie de confusión que va irrevocablemente unida, como señal de altura y fuerza, a una le-



gítima superioridad"; o comparece ante la gloria del sol, despojado de galas, y más bello aún en su épica y radiante desnudez.

"Servir es mi manera de hablar", tal es su divisa. Para él, decir es un modo de hacer. Desprecia las palabras cuando no sirven para crear. "Hay algo de vergüenza en la oratoria en estos tiempos de sobra de palabras y de falta de hechos" —dice—. "En toda palabra ha de ir envuelto un acto. La palabra es una coqueta abominable cuando no se pone al servicio del honor y del amor". "Las palabras deshonran cuando no llevan detrás un corazón limpio y entero. Las palabras están de más cuando no fundan, cuando no esclarecen, cuando no atraen, cuando no añaden..." Una gran sinceridad autoriza sus discursos, en los cuales se siente palpar el corazón del orador y latir sus sienes. No están compuestos de palabras sino de sangre.

EL ESCRITOR

Dice Fermín Valdés Domínguez que Martí publicó en *Patria Libre*, su primer periódico, un artículo notable y el drama *Abdala*. Dejando aparte esta prematura eflorescencia, *El Presidio Político en Cuba*, escrito a los diez y ocho años de edad, es el más antiguo de sus trabajos importantes. Hay en él párrafos apocalípticos y movimiento shakespeariano. Las obras primogénitas suelen hacernos recordar a Shakespeare, único escritor proveccto que conserva todos los atributos de la imaginación juvenil.

En *La República Española ante la Revolución Cubana*, escrito a los veinte años, "hay un examen de las condiciones que determinan y justifican la separación de Cuba del dominio español"; pero un examen poco metódico, deficiente y más lírico que científico.

Todavía en 1875 se ve al escritor incompleto y declamador. La crónica sobre White publicada en la *Revista Universal* es desmañada: tiene debilidad de la pluma. Pero ya en 1881 era, después de Montalvo, el prosista más gallardo de América, con menos pujanza y corrección que Juan de Dios Uribe, pero con más gracia y profundidad. Su juicio sobre Cecilio Acosta, escrito en un lenguaje que "huele a mirra y a tomillo y verbena", es un bello monumento intelectual erigido a la memoria de aquel varón eminentísimo, gloria de Venezuela y pasmo de su época, que reunió en sí y dispuso a su antojo de las antiguas joyas de la sabiduría clásica y del recién acuñado tesoro de las ciencias positivas, cuya espléndida hermosura acrecentó en la radiante luz de una asombrosa previsión.

Todo cuanto produjo después con algún reposo tiene el sello sagrado de la alta y noble inspiración que caracteriza las obras geniales. Sus dotes más salientes son la inagotable riqueza de las ideas, la imaginación portentosa, la fuerza llena de gracia, la sinceridad inrestringida, la castidad sobrehumana y la peregrina forma de su expresión original y óptima.

Grandes como montañas y bellos como perlas son los pensamientos y las frases con que saluda al *Poema del Niágara* del gran Pérez Bonalde, ora describa lo que para la miseranda alma humana canta, con su canto imponente, la formidable catarata; ora defina el verso de la propia manera que Cervantes, en su divino lenguaje, la poesía. ¡Y cuánta página preciosa hay en *Un Poeta* sobre el dolor y el arte, la literatura y el plagio!

Su estilo es cortado, nervioso, febril, saltado. Escribe a hachazos y a relámpagos, a arrullos y a oleadas, a besos y a zarpadas... Posee el secreto huguiano del contraste; pero en sus paradojas y antítesis el pie aéreo de la fantasía no parte el hilo de seda que ata su pluma a la razón. Su tinta es clara como el agua, pero como el océano profunda y atormentada; por ello su prosa es cristalina, azul u oscura como el mar.

Se ha dicho que es un culterano del siglo de oro, discípulo de Gracián, y esto es falso. Martí no es un culterano. Culteranismo es gongorismo, y éste es rebuscamiento en el lenguaje, afectación en el estilo, alambicamiento en la expresión, caracterizados por el empleo de palabras raras preciosas o nuevas, por la adopción de chocantes figuras y extravagantes metáforas, por el abuso de la mitología y de la historia, y por la sutileza de los conceptos e ideas. El autor de *Versos Sencillos* amaba la naturalidad del lenguaje y del estilo. Sus comparaciones nunca son forzadas ni sus imágenes inadecuadas; y aún suele haber gran ajuste entre el fondo y la forma. Es el escritor menos mitólogo y el más sobrio de los eruditos. Pero quería ser diáfano, verter en el lector la última gota de su pensamiento, presentar a los rayos del sol el alma desnuda, darse todo; y este afán pudo arrastrarlo, aunque raras veces, a cierto alambicamiento ineludible. Con tonos sutiles han de expresarse matices sutiles. Mas lo excepcional del caso no permite decir que Martí es un escritor alambicado, y las raras veces que no es fácil de entender, se ve claro que no es por hinchado afectador sino por pensador alto y profundo cuyo torrente de ideas no cabe siempre en el molde necesariamente limitado del lenguaje.

Gracián, para quien lo conceptuoso es el espíritu



del estilo, y emblemas, jeroglíficos, apólogos y empresas son el oro del fino discurso, es escritor extremadamente gongórico, como que pretendió formar con libros enanos varones gigantes. Terco laconista, moralista sentencioso y epigramático, su estilo nada tiene de común, en lo esencial, con el de Martí, que es, no el de los culteranos, sino el de los grandes escritores del siglo de oro de la lengua castellana.

Esto quiere decir que tampoco puede tenersele por decadente o simbolista a la francesa, aunque en carne a veces en símbolos sus pensamientos. Decadentes y simbolistas, la misma cosa en el fondo, son tataranietos de Don Luis de Góngora y Argote. El decadentismo menosprecia las ideas sanas y la limpieza y naturalidad de la expresión; el simbolismo las evoca después de haberlas sepultado en un emblema cuyo valor ideológico dependerá del grado de afinidad entre el evocador y el símbolo. El culto férvido por la verdad, la grandeza de las ideas y el vigor con que las clava, por decirlo así, en el entendimiento del lector, constituyen en Martí condiciones de todo punto contrarias a las que caracterizan a Verlaine, Mallarmé y más corifeos de aquellas morbideces, excesos opuestos a excesos, en que no cayó nunca el gran escritor cubano cuya salud intelectual parece desmentir la afirmación de lo anormal en el genio. "Para ser elocuente y nuevo en español —decía—, no es necesario beber los rufianismos del siglo de oro en la copa retorcida de los neo-castizos castellanos, ni ponerse a la ubre seca de París a sorber, a pura muela, la última sangre".

No podría negarse, sin embargo, que Martí cae como poeta debajo de la jurisdicción del simbolismo por su tendencia a la representación simbólica, por su impresionismo y por las rarezas mismas de "su poética" que rompe molde y vallas, salta sobre las reglas y se desliga de lo común y admitido, haciendo gala de singular libertad.

EL POETA

Es poeta desde la primera página que escribe: "Dios existe, sin embargo, en la idea del bien que vela el nacimiento de cada ser, y deja en el alma que se encarna en él una lágrima pura".

Siembra sus proclamas de poesía. Sus revistas principian: "Está Mayo al romper..."; o bien: "Sin brisa ni poesía..."

Menos acaso con sus versos que con la prédica hermosísima de sus teorías artísticas influyó Martí más que ningún otro poeta de su época, en la nueva orientación de la poesía en América.

La brevedad y agitación de su vida no le permitieron publicar sus *Versos Cubanos*, "tan llenos de enojo", ni sus encrespados *Versos Libres*, "endecasílabos hirsutos, nacidos de grandes miedos, o de grandes esperanzas, o de indómito amor de libertad, o de amor doloroso a la hermosura, como riachuelo de oro natural, que va entre arenas y aguas turbias y raíces, o como hierro caldeado, que silba y chispea, o como sirtidores candentes". ¿Por qué tarda en darlos a la estampa, la familia del poeta?

Este sólo publicó dos diminutas colecciones de poesías: *Ismaelillo* y *Versos Sencillos*. La primera es un librito en forma de devocionario, de cincuenta páginas, consagrado exclusivamente a su hijo, y que fué impreso en Nueva York, en 1882, por Thompson y Moreau, 51 y 53 Maiden Lane. La segunda, que vió la luz pública en 1891, editado por Louis Weiss Co., No.º 116, Fulton St., Nueva York, contiene setenta y seis paginillas de cantares, amorosas y patrióticas. Por hallarse ambas agotadas, y para que se tenga idea de la concisión y pureza, de la sencillez y la gracia de su musa, insertaré aquí algunas de sus composiciones. Así me adornaré de bellas flores: en el seno de mi escrito, las páginas que siguen serán como un oasis en medio de un desierto:

de ISMAELILLO

Príncipe Enano

Para un príncipe enano
Se hace esta fiesta.
Tiene guedejas rubias,
Blandas guedejas;
Por sobre el hombro blanco
Luengas le cuelgan.
Sus dos ojos parecen
Estrellas negras:
¡Vuelan, brillan, palpitan,
Relampaguean!
El para mí es corona,
Almohada, espuela.

Mi mano, que así embrida
Potros y hienas,
Va, mansa y obediente,
Donde él la lleva.
Si el ceño frunce, temo;
Si se me queja, —
Cual de mujer, mi rostro
Nieve se trueca:
Su sangre, pues, anima
Mis flacas venas;
¡Con su gozo mi sangre



Se hincha, o se seca!
Para un príncipe enano
Se hace esta fiesta.

¡Venga mi caballero
Por esta senda!
¡Entrese mi tirano
Por esta cueva!
Tal es, cuando a mis ojos
Su imagen llega,
Cual si en lóbreo antro
Pálida estrella,
Con fulgores de ópalo
Todo vistiera.
A su paso la sombra
Matices muestra,
Como al sol que las hierre
Las nubes negras.
¡Heme ya, puesto en armas,
En la pelea!
Quiere el príncipe enano
Que a luchar vuelva:
¡El para mí es corona,
Almohada, espuela!
Y como el sol, quebrando
Las nubes negras,
En banda de colores
La sombra trueca, —
El, al tocarla, borda
En la onda espesa,
Mi banda de batalla
Roja y violeta.
¿Conque mi dueño quiere
Que a vivir vuelva?
¡Venga mi caballero
Por esta senda!
¡Entrese mi tirano
Por esta cueva!
¡Déjeme que la vida
A él, a él ofrezca!
Para un príncipe enano
Se hace esta fiesta.

Penachos vividos

Como taza en que hierve
De transparente vino
En doradas burbujas
El generoso espíritu;

Como inquieto mar joven
Del cauce nuevo henchido
Rebosa, y por las playas
Bulle y muere tranquilo;

Como manada alegre
De bellos potros vivos
Que en la mañana clara
Muestran su regocijo,
Ora en carreras locas
O en sonoros relinchos,
O sacudiendo al aire
El crinaje magnífico, —
Así mis pensamientos
Rebosan en mí vividos,
Y en crespas espuma de oro
Besan tus pies sumisos,
O en fúlgidos penachos
De varios tintes ricos,
Se mecen y se inclinan
Cuando tú pasas,— hijo.

Tábanos fieros

¡Venid, tábanos fieros,
Venid, chacales,
Y muevan trompa y diente
Y en horda ataquen,
Y cual tigre a bisonte
Sítienme y salten!
¡Por aquí, verde envidia!
¡Tú, bella carne,
En los dos labios muérdeme!
Sécame; máncame!
¡Por acá, los vendados
Celos voraces!
¡Y tú, moneda de oro,
Por todas partes!
¡De virtud mercaderes
Mercadeadme!
¡Mató el Gozo a la Honra:
Venga a mí,— y mate!

Cada cual con sus armas
Surja y batalle:
El placer, con su copa;
Con sus amables
Manos, en mirra untadas,
La virgen ágil;
Con su espada de plata
El diablo bátame:—
¡La espada cegadora
No ha de cegarme!

Asorde la caterva
De batallantes:
Brillen cascos plumados
Como brillasen
Sobre montes de oro



Nieves radiantes:
 Como gotas de lluvia
 Las nubes lancen
 Muchedumbre de aceros
 Y de estandartes:
 Parezca que la tierra,
 Rota en el trance,
 Cubrió su dorso verde
 De áureos gigantes:
 Lidiemos, no a la lumbre
 Del sol suave,
 Sino al funesto brillo
 De los cortantes
 Hierros: rojos relámpagos
 La niebla tajen:
 Sacudan sus raíces
 Libres los árboles.
 Sus faldas trueque el monte
 En alas ágiles:
 Clamor óigase, como
 Si en un instante
 Mismo, las almas todas
 Volando ex-cárceles,
 Rodar a sus pies vieran
 Su hoga de carnes!
 Cíname recia veste
 De amenazantes
 Astas agudas: hilos
 Tenues de sangre
 Por mi piel rueden leves
 Cual rojos áspides:
 Su diente en lodo afilen
 Pardos chacales:
 Lime el tábano terco
 Su aspa volante:
 Muérdame en los dos labios
 La bella carne:—
 ¡Que ya vienen, ya vienen
 Mis talismanes!
 Como nubes vinieron
 Ecos gigantes:
 ¡Ligeros como nubes
 Volando iránse!

La desdentada envidia
 Irá, secas las fauces,
 Hambrienta, por desiertos
 Y calcinados valles,
 Royéndose las mondas
 Escuálidas falanges;
 Vestido irá de oro
 El diablo formidable,
 En el cansado puño
 Quebrada la tajante,

Vistiendo con sus lágrimas
 Irá, y con voces grandes
 De duelo, la Hermosura
 Su inútil arreaaje: —
 Y yo en el agua fresca
 De algún arroyo amable
 Bañaré sonriendo
 Mis hilillos de sangre.

Ya miro en polvareda
 Radiosa evaporarse
 Aquellas escamadas
 Corazas centellantes:
 Las alas de los cascos
 Agítanse, debátense,
 Y el casco de oro en fuga
 Se pierde por los aires.
 Tras misterioso viento
 Sobre la tierra arrástranse,
 Cual sierpes de colores,
 Las flámulas ondeantes.
 Junta la tierra súbito
 Sus grietas colosales
 Y echa su dorso verde
 Por sobre los gigantes!
 Corren como que vuelan
 Tábanos y chacales,
 Y queda el campo lleno
 De un humillo fragante.
 De la derrota ciega
 Los gritos espantables
 Escúchanse, que evocan
 Callados capitanes;
 Y mészase soberbia
 El áspero crinaje,
 ¡Y como muere un buitre
 Expira sobre el valle!
 En tanto, yo a la orilla
 De un fresco arroyo amable,
 Restaño sonriendo
 Mis hilillos de sangre.

¡No temo yo ni curo
 De ejércitos pujantes,
 Ni tentaciones sordas,
 Ni vírgenes voraces!
 El vuela en torno mío,
 El gira, él para, él bate;
 Aquí su escudo opone;
 Allí su clava blande;
 A diestra y a siniestra
 Mandobla, quiebra, esparce.
 Recibe en su escudillo



Lluvia de dardos hábiles;
Sacúdelos al suelo,
Bríndalo a nuevo ataque.
¡Ya vuelan, ya se vuelan
Tábanos y gigantes!—

Escúchase el chasquido
De hierros que se parten;
Al aire chispas fúlgidas
Suben en rubios haces;
Alfómbrase la tierra
De dagas y montantes:
¡Ya vuelan, ya se esconden
Tábanos y chacales!—
El como abeja zumba,
El rompe y mueve el aire,
Detiéndose, ondea, deja
Rumor de alas de ave:
Ya mis cabellos roza:
Ya sobre mi hombro párase;
Ya a mi costado cruza;
Ya en mi regazo lánzase;
¡Ya la enemiga tropa
Huye, rota y cobarde!
¡Hijos, escudos fuertes
De los cansados padres!
¡Venga mi caballero,
Caballero del aire!
¡Véngase mi desnudo
Guerrero de alas de ave,
Y echemos por la vía
Que va a ese arroyo amable
Y con sus aguas frescas
Bañe mi hilo de sangre!
Caballeruelo mío!
Batallador volante!

de VERSOS SENCILLOS

II

Yo sé de Egipto y Nigricia,
Y de Persia y Xenofonte;
Y prefiero la caricia
Del aire fresco del monte.

Yo sé las historias viejas
Del hombre y de sus rencillas;
Y prefiero las abejas
Volando en las campanillas.

Yo sé del canto del viento
En las ramas vocingleras:
Nadie me deja que miento,
Que lo prefiero de veras.

Yo sé de un gamo aterrado
Que vuelve al redil y expira,—
Y de un corazón cansado
Que muere oscuro y sin ira.

IV

Yo visitaré anhelante
Los rincones donde a solas
Estuvimos yo y mi amante
Retozando con las olas.

Solos los dos estuvimos
Solos, con la compañía
De dos pájaros que vimos
Meterse en la gruta umbría.

Y ella, clavando los ojos,
En la pareja ligera,
Deshizo los lirios rojos
Que le dió la jardinera.

La madre selva olorosa
Cogió con sus manos ella
Y una madama graciosa,
Y un jazmín como una estrella.

Yo quise, diestro y galán,
Abrirle su quitasol;
Y ella me dijo: “¡Qué afán!
¡Si hoy me gusta ver el sol!”

“Nunca más altos he visto
Estos nobles robledales:
Aquí debe estar el Cristo
Porque están las catedrales.”

“Ya sé dónde ha de venir
Mi niña a la comunión;
De blanco la he de vestir
Con un gran sombrero alón.”

Después, del calor al peso,
Entramos por el camino,
Y nos dábamos un beso
En cuanto sonaba un trino.

¡Volveré, cual quien no existe,
Al lago mudo y helado:
Clavaré la quilla triste:
Posaré el remo callado!

IX

Quiero, a la sombra de una ala,
Contar este cuento en flor:
La niña de Guatemala,
La que se murió de amor.



Eran de lirios los ramos,
Y las orlas de reseda
Y de jazmín, la enterramos
En una caja de seda.

... Ella dió al desmemoriado
Una almohadilla de olor:
El volvió, volvió cansado:
Ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas
Obispos y embajadores:
Detrás iba el pueblo en tandas,
Todo cargado de flores.

... Ella, por volverlo a ver,
Salió a verlo al mirador:
El volvió con su mujer:
Ella se murió de amor.

Como de bronce candente
Al beso de despedida
Era su frente ¡la frente
Que más he amado en mi vida!

... Se entró de tarde en el río,
La sacó muerta el doctor.
Dicen que murió de frío:
Yo sé que murió de amor.

Allí, en la bóveda helada,
La pusieron en dos bancos:
Besé su mano afilada,
Besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,
Me llamó el enterrador:
¡Nunca más he vuelto a ver
A la que murió de amor!

X

El alma trémula y sola
Padece al anochecer;
Hay baile; vamos a ver
La bailarina española.

Han hecho bien en quitar
El banderón de la acera;
Porque si está la bandera,
No sé, yo no puedo entrar.

Ya llega la bailarina:
Soberbia y pálida llega:
¿Cómo dicen que es gallega?
Pues dicen mal: es divina.

Lleva un sombrero torero
Y una capa carmesí:
¡Lo mismo que un alelí
Que se pusiese un sombrero!

Se ve, de paso, la ceja,
Ceja de mora traidora:
Y la mirada, de mora:
Y como nieve la oreja.

Preludian, bajan la luz,
Y sale en bata y mantón,
La virgen de la Asunción
Bailando un baile andaluz.

Alza, retando, la frente;
Crúzase al hombro la manta
En arco el brazo levanta:
Mueve despacio el pie ardiente.

Repica con los tacones
El tablado zalamera,
Como si la tabla fuera
Tablado de corazones.

Y va el convite creciendo
En las llamas de sus ojos,
Y el manto de flecos rojos.
Se va en el aire meciendo.

Súbito, de un salto arranca:
Húrtase, se quiebra, gira:
Abre en dos la cachemira,
Ofrece la bata blanca.

El cuerpo cede y ondea;
La boca abierta provoca;
Es una rosa la boca:
Lentamente taconeá.

Recoge, de un débil giro,
El manto de flecos rojos:
Se va, cerrando los ojos,
Se va, como en un suspiro...

Baila muy bien la española;
Es blanco y rojo el mantón;
¡Vuelve, fosca, a su rincón
El alma trémula y sola!



XVI

En el alféizar calado
De la ventana moruna,
Pálido como la luna,
Medita un enamorado.

Pálida, en su canapé
De seda tórtola y roja,
Eva, callada, deshoja
Una violeta en el té.

XLIII

Mucho, señora, daría
Por tender sobre tu espalda
Tu cabellera bravía,
Tu cabellera de gualda:
Espacio la tendería,
Callado la besaría.

Por sobre la oreja fina
Baja lujoso el cabello,
Lo mismo que una cortina
Que se levanta hacia el cuello.
La oreja es obra divina
De porcelana de China.

Mucho, señora, te diera
Por desenredar el nudo
De tu roja cabellera
Sobre tu cuello desnudo:
Muy despacio la esparciera,
Hilo por hilo la abriera.

XXIII

Yo quiero salir del mundo
Por la puerta natural:
En un carro de hojas verdes
A morir me han de llevar.

No me pongan en lo oscuro
A morir como traidor:
Yo soy bueno, y como bueno
Moriré de cara al sol!

XXV

Yo pienso, cuando me alegro
Como un escolar sencillo,
En el canario amarillo,—
Que tiene el ojo tan negro,

Yo quiero, cuando me muera
Sin patria, pero sin amo,
Tener en mi losa un ramo
De flores,— ¡y una bandera!

EL PATRIOTA

Martí fué patriota en la más alta acepción de la palabra. Amó locamente la patria; pero el fuego de su cariño se desbordaba sobre las Antillas y sobre toda la América Latina. Para él, el Continente entero era un solo pueblo. “Es cubano —decía— todo americano de nuestra América, y en Cuba no peleamos por el bien exclusivo de la Isla idolatrada que nos ilumina y fortalece con su simple nombre; peleamos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia hispano-americana”.

El pueblo español salía ileso de sus ataques al gobierno. Para los españoles liberales como El Gallego, Muñiz y Fernández, Montesinos, Insúa, tuvo acentos de profunda ternura. “No hemos de olvidar —dice en uno de sus discursos— que si españoles fueron los que nos sentenciaron a muerte, españoles son los que nos han dado la vida”. Canta con voz filial:

“Para Aragón, en España,
Tengo yo en mi corazón
Un lugar todo Aragón
Franco, fiero, fiel, sin saña . . .”

Frente al problema de la raza predicó la confraternidad, y aun dió al negro las preferencias de su amor: “Trae cada raza al mundo su mandato, y hay que dejar la vía libre a cada raza, si no se ha de estorbar la armonía del universo para que emplee su fuerza y cumpla su obra, en todo el decoro y fruto de su natural independencia . . . Tiene el negro una gran bondad nativa que ni el martirio de la esclavitud pervierte, ni se oscurece con su varonil bravura. Pero tiene, más que otra raza alguna, tan íntima comunión con la naturaleza, que parece más apto que los demás hombres a estremecerse y regocijarse con sus cambios. Hay en su espanto y alegría algo de sobrenatural y maravilloso que no existe en las demás razas primitivas, y recuerda en sus movimientos y miradas la majestad del león; hay en su afecto una lealtad tan dulce que no hace pensar en los perros, sino en las palomas; y hay en sus pasiones tal claridad, tenacidad, intensidad, que se parecen a los rayos del sol.”

Su pasión por Cuba fué tan profunda, tan punzante, tan martirizadora, que apenas se comprende que no consumiera su vida antes de que viese cum-



plidos sus generosos esfuerzos. El estado permanente de su alma, “de esa alma ceñuda que piedra a piedra y púa a púa elabora el destierro”, está descrito en uno de sus magníficos discursos: “Vivimos entre sombras, y la patria que nos martiriza nos sostiene. Con las manos tendidas, con la señal del cuchillo en la garganta, con los vestidos sirviendo de últimos manteles a los ladrones, comida hasta la rodilla — ¡hasta la rodilla no más!— de gusanos, la imagen de la patria siempre está junto a nosotros, sentada a nuestra mesa de trabajar, a nuestra mesa de comer, a nuestra almohada. Desecharla es en vano: ni ¿quién quiere desecharla? Sus ojos, como los ojos de un muerto querido, nos siguen por todas partes, nos animan cuando estamos honrándola con nuestros actos, nos detienen cuando nos sentimos tentados a alguna villanía, nos hielan cuando pensamos en abandonarla. ¡Cierra los ojos, y parece que se cierra la vida! Queremos ir por donde nos manda el interés, y no podemos ir sino por donde nos manda la patria. Cuando el sol brilla para todos, menos para nosotros; cuando la nieve alegra a todos, menos a nosotros; cuando para todos, menos para nosotros, tiene la naturaleza cambios y fragancia, un aire sutil viene por sobre el mar, cargado de gemidos, a hablarnos de dolores que todavía no han logrado consuelo, de vivos que desaparecen en el misterio, de derechos mutilados, más tristes de ver que los mismos hombres muertos. El alma no duerme, ni sabe del día: ásperos, y como soldados sin armas, salen de la mente, llenos de vergüenza, los pensamientos. ¿Qué importa el sol? ¿qué importa la nieve? ¿Qué importa la vida? La patria nos persigue, con las manos suplicantes: su dolor interrumpe el trabajo, enfría la sonrisa, prohíbe el beso de amor, como si no se tuviese derecho a él lejos de la patria: una mortal tristeza y un estado de cólera constante turban las mismas sagradas relaciones de familia: ¡ni los hijos dan todo su aroma!”

Sus sueños eran estos:

“Sueño con claustros de mármol
 Donde en silencio divino
 Los héroes, de pie, reposan:
 ¡De noche, a la luz del alma,
 Hablo con ellos: de noche!
 Están en fila: paseo
 Entre las filas: las manos
 De piedra les beso: abren
 Los ojos de piedra: mueven
 Los labios de piedra; tiemblan
 Las barbas de piedra: empuñan
 La espada de piedra: lloran:
 ¡Vibra la espada en la vaina!
 Mudo, les beso la mano.

¡Hablo con ellos, de noche!
 Están en fila: paseo
 Entre las filas: lloroso
 Me abrazo a un mármol: “¡Oh mármol,
 Dicen que beben tus hijos
 Su propia sangre en las copas
 Venenosas de sus dueños!
 ¡Que hablan la lengua podrida
 De sus rufianes; que comen
 Juntos el pan del oprobio,
 En la mesa ensangrentada!
 ¡Que pierden en lengua inútil
 El último fuego!, ¡dicen,
 Oh mármol, mármol dormido,
 Que ya se ha muerto tu raza!

¡Echame en tierra de un bote
 El héroe que abrazo: me ase
 Del cuello: barre la tierra
 Con mi cabeza: levanta
 El brazo, ¡el brazo le luce
 Lo mismo que un sol: resuena
 La piedra: buscan el cinto
 Las manos blancas: del soclo
 Saltan los hombres de mármol!”

En el exceso de su patriotismo su pluma arrastra las alas al hablar de *Los Poetas de la Guerra*, cuyas poesías son insignificantes a juzgar por las muestras que nos da. Cuando se pone a considerar en un escritor cubano (Heredia, Bachiller y Morales, etc.), lo primero que le mira es el patriotismo. Heredia “que acaso despertó en su alma, como en la de los cubanos todos, la pasión inextinguible por la libertad,” fué tema favorito de su palabra de agitador. ¡Y Heredia era dominicano de origen, y su nacimiento en Cuba, mero accidente!

En todos sus escritos se presiente el soldado. Varias veces se refiere al juramento que había hecho. Llamaba “viaje santo y ligero” al desembarco de una expedición. En todo momento renovó su promesa de ir a morir por la patria. Su único anhelo está condensado en esta frase: “Todo, oh patria, porque cuando la muerte haya puesto fin a esta fatiga de amarte con honor, puedas tu decir, aunque no te oiga nadie: “fuiste mi hijo”.

La revolución que ha independizado a Cuba fué, si puede decirse, hija exclusiva de su patriotismo. Obrero gigantesco, él solo preparó la obra, forjó las armas. El incendio de su pecho bastó a envolver en llama la Isla entera. Estudió atentamente los precedentes movimientos separatistas para resolver las dificultades de lo porvenir. Como él mismo decía de todos, “en el descanso ponía a la espada empuñadura de razón”.



EL AMERICANISTA

Si Cuba, señalada por algunos de sus hijos como una prolongación del territorio de los Estados Unidos; si Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico presentan todos los caracteres de admirable unidad que hacen de cada una de ellas parte homogénea de un todo completamente distinto y diferente de la Unión, y perfectamente igual, en cambio, al continente sudamericano, éste, desde el punto de vista geográfico no es sino un solo palacio fabricado expresamente por la naturaleza para ser habitado por una sola familia de pueblos como la que constituye el hermosísimo florón de las repúblicas latino-americanas. De los continentes del globo ninguno tiene tan normal estructura ni ofrece tan visible armonía en las regiones que lo forman como este vasto pedazo del mundo que semeja un ser geológico viviente cuya columna cerebral fueran los Andes y que, de pie sobre el Océano Antártico, reflejando sobre las aguas del Pacífico las gracias de sus formas, levanta la cabeza sobre el corazón del Atlántico, coronada de esa guirnalda de hipomeas que se llama las Antillas.

Tan sorprendente unidad geográfica es sólo comparable a la unidad de origen que, maridando, a poco de la conquista, la bravura y llaneza, la cordialidad y el ímpetu del español con la resignación y dulzura del indígena, ha creado la población hispano-americana tan profunda y esencialmente diferente del pueblo norte-americano, su vecino pero su antípoda por origen, lenguaje, brutal aspereza y absoluta incapacidad para llevar a la práctica, en lo social, sus altos principios de libertad política.

Para los hispano-americanos no hay, pues, problema más importante en el Nuevo Mundo, casi por entero compartido por dos pueblos antagónicos, el norte-americano, y el hispano-americano, que el que ofrece la engañosa doctrina de Monroe, sugerida por Inglaterra, aconsejada por Jefferson, en nombre de la cual el gobierno norte-americano prohibió al gran Bolívar que libertase a Cuba, que únicamente ha servido los intereses privativos de la Unión, cuya aplicación en favor de Juárez sólo parece haber tenido por objeto evitar el grave peligro de la implantación de un gobierno monárquico en México, apoyo y escala de las monarquías europeas, implantación que habría obligado a los Estados Unidos a entrar en el ruinoso concierto de la paz armada, cuyos principales exponentes son el desmembramiento de México y Colombia, las piraterías de Walker y la conquista de Puerto Rico, y cuya interpretación, clave y sentido tal vez nos la den, mejor que ninguna pitonisa, estas palabras de Jorge Washington: "De-

béis tener siempre presente que es locura de parte de una nación esperar de otra favores desinteresados, y que deberá pagar con una parte de su independencia todo cuanto a tal título aceptare."

La doctrina de Monroe, aun sin la falacia que, a la luz de la historia, la deslustra y desvalora, es interesante porque, aun cuando se le atribuyese toda la pureza de un baluarte de la independencia hispano-americana, no bastaría, en caso de una conflagración internacional, a cumplir la grandeza de sus fines. Como ninguna otra nación aislada, los Estados Unidos no son ni serán suficientemente poderosos para garantizar por sí solos la independencia de la América y contrarrestar, en un momento dado, una coalición numerosa de enemigos. Cuando el Perú propuso renovar la tradición, legada por el Libertador y por desgracia hoy adormecida, de sellar con la unión política la identidad étnica y geográfica, intervenidos México y la República Dominicana por la Europa, amenazante el Brasil invasor, desmoralizados los principios democráticos en la América del Norte por la funesta preponderancia de los intereses esclavistas, y en la América del Sur hasta el punto de llegar a pensarse, en el Ecuador, en un protectorado francés, púdose temer con razón que la vieja y astuta Monarquía diese el golpe de gracia al sistema republicano que tan pujante muestra de sí había dado en el seno virginal del Nuevo Mundo, y que una porción de éste cayera otra vez bajo la tutela europea. El desencadenamiento rápido, violento, inconcebible de las tempestades sociales es idéntico a la incontrastable pujanza y furia de la naturaleza física. Nada las detiene sino el agotamiento de la cólera de los elementos que las forman; y el único dique resistente contra ella es —¡quién lo creyera!— el pecho desnudo de las víctimas mismas de su furor.

No quiero dejar de señalar la opinión de Martí respecto de los Estados Unidos de Norte América y de los pueblos hispano-americanos, así como sobre el presente y porvenir de éstos y las relaciones que deben guardar con aquéllos, no sólo por el valer excepcional del voto sino por su terrible actualidad. Al expirar el fragor de la lucha con el león europeo se ha recrudecido el combate con la rapaz águila hermana que devora a sus hermanas. Los norteamericanos, después de haberse apoderado del nombre de América, quieren posesionarse de América. En el momento en que la propia Cuba, la estrella solitaria, amor de los amores de Martí y aliento y vida de su espíritu excelso, parece condenada a estallar en los comienzos de su carrera, no me parece inútil que se vulgaricen las enseñanzas de aquel que es, a justo título, el primero de los maestros de americanismo en América.



“En los Estados Unidos la virtud va por todas partes quedándose atrás, como poco remunerativa; que la libertad más amplia, la prensa más libre, el comercio más próspero, la naturaleza más variada y fértil no bastan a salvar las repúblicas que no cultivan el sentimiento ni hallan condición más estimable que la riqueza... El alma nacional está caída” (*La Religión en los Estados Unidos.*) “La libertad propia se ha hecho sangre en estos hijos de casta puritana; pero, ingleses al fin, sólo para violarla les parece bien la libertad ajena. En la nariz excesivamente aguileña se le ve la rapacidad a la casta.” (*Sobre los Estados Unidos: El historiador George Bancroft.*)

Sobre el porvenir de las Antillas dice en un artículo donde en ocho páginas repite cinco veces que Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico han de salvarse juntas o han de perecer juntas: “No parece que la seguridad de las Antillas, ojeadas de cerca por la codicia pujante, dependa tanto de la alianza ostentosa y, en lo material, insuficiente, que provocase reparos y justificara la agresión, como de la unión sutil y manifiesta en todo, sin el asidero de la provocación confesa, de las islas que han de sostenerse juntas, o juntas han de desaparecer, en el recuento de los pueblos libres. Por la rivalidad de los productos agrícolas, o por diversidad de hábitos y antecedentes, o por el temor de acarrear la enemiga del vecino hostil, pudieran venir a apartarse, en cuanto cayese en forma cerrada su unión natural, las tres islas que, en lo esencial de su independencia y en la aspiración del porvenir, se tienden los brazos por sobre los mares y se estrechan ante el mundo, como tres tajos de un mismo corazón sangriento, como tres guardianes de la América cordial y verdadera que sobrepujará al fin a la América ambiciosa, como tres hermanas.” (*Las Antillas y Baldorioty de Castro.*)

A cada paso condena la idea de anexión de Cuba a los Estados Unidos. “Es probable que ningún cubano que tenga en algo su decoro desee ver su país unido a otro donde los que guían la opinión comparan respecto a él las preocupaciones sólo excusables a la política fanfarrona o a la desordenada ignorancia. Ningún cubano honrado se humillará hasta verse recibido como un apestado moral, por el mero valor de su tierra, en un pueblo que niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter.” (*Vindicación de Cuba.*) “¡Aquí en el conflicto diario con el pueblo de espíritu hostil donde nos retiene por única causa, la cercanía a nuestro país, hemos amontonado, y son tantas que ya llegan al cielo, las razones que harían odiosa e infecunda la sumisión a un pueblo áspero que necesita de nuestro suelo y desdén

a sus habitantes!” (*Discurso del 10 de Octubre de 1887.*) “¿Cómo puede, quien quiera ver, imaginar que Cuba viniese a ser jamás norteamericana? Aquí está New Orleans, cordial y francesa: libre es en sus leyes, loca de un gran río, emporio de riqueza, metrópoli de un Estado soberano de la Unión, y después de tres cuartos de siglo, la ciudad vive en rebeldía sorda y perenne. Los viejos celebran en un coro de hotel, con el retrato de Jefferson Davis en la insignia de la solapa, el artículo del *Times Democrat* donde se echa en cara su prosperidad inmortal y su progreso de cascarón “a ese Norte insolente”; los hijos “no son americanos, son criollos”; las madres, pálidas, y como cautivas, enseñan el francés a sus criaturas; los pocos yankees, como en tierra hostil, pasan de prisa por entre los corrillos burlones; la ciudad, aun en pleno sol, tiene como un capuz que la oscurece: —¡y es que lleva presa el alma!— Nadie una dos pueblos diversos.” (*Un Cubano en New Orleans.*)

“¡Ah Cuba, futura universidad americana! la baña el mar de penetrante azul; la tierra, oreada y calurosa, cría la mente, a la vez clara y activa; la hermosura de la naturaleza atrae y retiene al hombre enamorado, sus hijos, nutridos con la cultura universitaria y práctica del mundo, hablan con elegancia y piensan con majestad, en una tierra donde se enlazarán mañana tres civilizaciones. ¡Más bello será vivir en el lazo de los mundos, con la libertad fácil en un país rico y trabajador, como pueblo representativo y propio, donde se junta al empuje americano el arte europeo que modera su crudeza y brutalidad, que rendir el alma nativa, a la vez delicada y fuerte, a un espíritu nacional ajeno que contiene sólo uno de los factores del alma de la isla —que vaciaría en la isla pobre y venal los torrentes de su riqueza egoísta y corruptora,— que convertiría un pueblo fino y glorioso porvenir en lo que Inglaterra ha convertido el Indostán!” (*Albertini y Cervantes.*)

“En nuestra América hay mucho más sentido de lo que se piensa... Lo que el americanismo sano pide es que cada pueblo de América se desenvuelva con el albedrío y propio ejercicio necesarios a la salud, aunque al cruzar el río se moje la ropa y al subir tropiece, sin dañarle la libertad a ningún otro pueblo —que es puerta por donde los demás entrarán a dañarle la suya,— ni permitir que con la cubierta del negocio o cualquiera otra lo apague y cope un pueblo voraz e irreverente. En América hay dos pueblos, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes y costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana. De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza y de cuna parecida o igual, e igual mez-



cla imperante; de la otra parte está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que, con el decoro firme y la sagaz independencia, no es imposible y es útil ser amigo." (*Honduras y los Extranjeros.*)

"De nuestra América se sabe menos de lo que urge saber, aun por aquellos que fingen de opinadores en las cosas públicas y celebran a los Estados Unidos con tanta pasión como la que ponen en denigrar a los demás pueblos de América, sin conocer de éstos ni de aquéllos más que la engañosa superficie. Ignórase generalmente, que ya hay en nuestra América pueblos que, en relación a su área útil y a sus habitantes, rinden tanto fruto al comercio humano como los Estados Unidos, y pagan más por la instrucción pública que ellos; que, en relación estricta a sus diversos antecedentes, los países de nuestra América ascienden a la libertad segura y generosa en la misma proporción en que los Estados Unidos descienden de ella; que las revueltas, siempre exageradas por censores ignorantes, de los pueblos hispanoamericanos, son el procedimiento forzoso de ajuste igual en el mismo grado de desarrollo de todos los pueblos del orbe, entre las comarcas aisladas y rivales de las repúblicas nacientes y las reformas decisivas. . . De nuestra sociología se sabe poco, y de esas leyes, tan precisas como esta otra: los pueblos de América son más libres y prósperos a medida que más se apartan de los Estados Unidos." (*Las Guerras Civiles en Sud América.*) "¿Qué hablan los ignorantes de los pueblos de nuestra América? Estudien y respeten." (*El Día de Juárez.*)

EL HOMBRE

Siempre fué aquel que, en la aurora de la vida, hablando de sí decía: ". . . al que ni al golpe del látigo, ni a la voz del insulto ni al rumor de sus cadenas ha aprendido aun a odiar." Si se piensa cuánto deforman las injusticias, en la primera edad, al alma humana, asombra la nobleza del adolescente que al entrar en el presidio, a los diez y siete años, "tocó su pecho y lo halló lleno; tocó su cerebro y lo halló firme". "Nunca como entonces supe, —dice en *El Presidio Político en Cuba* que publicó dos años después,— cuanto el alma es libre en las amargas horas de la esclavitud. Nunca como entonces, que gozaba en sufrir. Meses antes era mi vida un beso de mi madre, y mi gloria mis sueños de colegio. . . El desprecio con que acallo estas angustias vale más que todas mis glorias pasadas. . . Odiar y vengarse cabe en un mercenario azotador de presidio. . . pero no cabe en el alma joven de un presidiario cubano, más alto cuando se eleva sobre sus grillos, más er-

guido cuando se sostiene sobre la pureza de su conciencia. . ."

Si aparecía en sus labios juveniles la expresión insultante, era inmediatamente contenida y rechazada. Una vez amenaza a España con "borrarla ignominiosamente del libro de la vida"; otra la apellida "rey de las fieras"; pero su palabra es, en general, reposada y comedida, voz de un alma alta, grave y serena.

Si alguna vez, de mozo, el más sencillo de los hombres habló "de su natural altivez", sólo volvió a pronunciar su nombre cuando, en medio de sus patrióticos esfuerzos de agitador revolucionario, se vió acusado de "cubano póstumo". Entonces aquél cuya vida había sido un sacrificio continuo y desinteresado por la patria, recordó su vida, la recogió de la urna del silencio y se la echó sobre los hombros como un manto de púrpura y se cubrió con ella en presencia de sus acusadores.

En Martí sólo el orador tuvo arrogancia: exenta estaba de todo reflejo personal su conversación, en que había, según Diego Vicente Tejera, "todo el poder de fascinación que cabe en la palabra humana". Es el más modesto de los grandes escritores. Tampoco aduló nunca la gloria. "El pudor del hombre está en la mente" —decía.

Su piedad ha inmortalizado a Nicolás del Castillo; en cada página de sus obras arroja las flores de la gratitud a los pies de México donde halló, en su mocedad, tierna acogida.

Su desinterés era proverbial. El que vivía pobremente, como dice Estrada, "vendiendo, como el héroe del cuento de Daudet, algunas migas de su cráneo de oro a fin de obtener el pan que necesitaba", escribe a Fausto Teodoro de Aldrey: "Cedo alegre, como quien cede hijos honrados, esos inquietos pensamientos míos a los que han sido capaces de estimármelos. Como que aflige cobrar por lo que se piensa. . ." El saludable temor de la riqueza, cuya pérdida es la deshonor del hombre, siempre dominó en su alma: "¡Cuánta batalla ganada, —escribe,— supone la riqueza! y cuánto decoro perdido! ¡y cuántas tristezas de la virtud y triunfos del mal genio! ¡y cómo, si se parte una moneda, se halla amargo y tenebroso y gemidor su seno!"

Su ilustración era asombrosa. Como él decía de Acosta, "era de esos que han recibido para sí una gran suma de vida universal y lo saben todo, porque ellos mismos son resúmenes del universo. . . Era de los que quedan despiertos cuando todo se reclina a dormir sobre la tierra."



Humilde con los humildes, sencillo de maneras, dulce y afable en la amistad, rendido ante las damas, hermano de todos los hombres, magnánimo con sus enemigos, domeñador de sus pasiones, esclavo del deber, previsor de lo remoto, cauto en elegir, audaz en el resolver, discreto en el obrar, escrupuloso en los medios, firme en sus propósitos, en Martí, en una palabra, el hombre es la superior grandeza. En él, el hombre vale más que el orador, el escritor y el patriota. Estos y todos los demás aspectos de su vida están iluminados con el esplendor que irradia de lo más íntimo de su persona, y es ese esplendor lo que da a sus actos y a sus palabras un sello de pureza y perfección.

EL APOSTOL

Por ello, el hombre culminó en apóstol.

Todos los instantes libres los consagraba a la enseñanza gratuita. Adorábanle sus discípulos, y en sus clases, calificadas por Trujillo de enciclopédicas, enseñaba de todo: moral, política, literatura.

Para instrucción y regocijo de los niños redactó *La Edad de Oro*. Esta hoja periódica, la nota más pura de la prensa castellana, es un monumento de sabiduría y amor, en que la poderosa inteligencia de Martí es sol que rinde sus rayos fulgurantes y se derrama en gotas de suave luz sobre las adorables cabezas infantiles.

"Mientras haya un antro no hay derecho al sol", decía, y era apóstol como se debe serlo: "¡El apóstol, —exclama,— que lo sea a costa suya! ¡ni puede decir la verdad a los hombres quien les recibe la carne y el vino!"

Martí es, a través de los siglos, hermano del Padre Las Casas, a quien dió a conocer a los niños en *La Edad de Oro*. Había en él "un candor angelical" sello divino en la naturaleza humana. Ese candor hizo de él el libertador de Cuba; ese candor le dió la fe, el dón profético, la palabra arrebatadora; ese candor le iluminó en la senda oscura, lo fortaleció a la hora de la prueba y le dió triunfo glorioso y muerte heroica. Quien dude que los candorosos angelicales pueden libertar pueblos, ignora la historia y la vida.

Libertó a Cuba no por mero patriotismo nacional: este afecto sagrado resulta mezquino ante el amor que inflamaba a Martí por la humanidad entera y del cual su americanismo y su cubanismo son luminosísimos reflejos. Se equivoca Manuel de la Cruz cuando nos los presenta enamorado de ideales históricos. Martí no fué un simple continuador de Washington y Bolívar. Su amor a la patria era entrañable y ningún cubano sintió este amor de un modo más alto y más profundo. Pero Martí era apóstol antes que patriota, y su patriotismo sin ejemplo no es sino un aspecto de un sublime apostolado.

Dotado de sensibilidad exquisita, de portentosa inteligencia y de noble carácter, al mismo tiempo que encerró su cuerpo en una mazmorra infecta, España libertó su espíritu y lo ungió para los grandes sacrificios. Un dolor profundo y prematuro es el purificador de los grandes corazones, cáliz de vida donde se bebe toda la experiencia del mundo, misterioso y revelante paso del alma hacia el conocimiento de sus recónditos destinos. Al salir del presidio, a los diez y ocho años, Martí era ya un inspirado, un elegido. Denuncia la suerte horrenda de los presidiarios cubanos, y su palabra fulgura como la de Lamennais. Estigmatiza a España que, en la persona de los Estudiantes, fusila la inocencia, la honra, la ciencia y la esperanza. Vuela a América a cuyos pies arroja el corazón, enajenado. A los veintiocho años decía: "De América soy hijo; a ella me debo. "Al pisar en la República Dominicana exclama: "¡El hombre tiene ya dos patrias!" Patria suya era toda América; pero la porción más infeliz de ésta era Cuba, su patria nativa, uno de los últimos restos del antiguo imperio colonial de España donde ésta extremaba su política de opresión y explotación. Consagróse en cuerpo y alma a la redención de la patria esclavizada, y a este ideal humano ofrendó juventud, riquezas, gloria y ventura. Instruyó al pueblo cubano como a hijo, inculcándole sus propias ideas y virtudes; y cuando lo vió preparado, decidido, vibrante, se lanzó el primero a la lucha sagrada para escribir con su propia sangre, en el libro de la historia de los pueblos libres, el nombre de Cuba.

AMERICO LUGO.

París, 31 de Diciembre de 1909.

Este estudio apareció a guisa de prólogo al libro *Flor y Java*. Librería Ollendorf, París, 1909, primera colección antológica de la obra del Maestro.

